



MAGNIFICANDO A CRISTO

REV. JOHN MARCUS

Pastor de Peace PRC en Dyer, Indiana

Conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte. Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia —Filipenses 1:20-21.

Todo el mundo tiene deseos. Esos deseos se relacionan con cosas tales como la iglesia, el matrimonio y la familia, la carrera, la educación, las vacaciones, el dinero e incluso comer y beber. Pero de nuestros muchos deseos, ¿cuál es el principal? ¿Qué deseo gobierna a todos los demás?

El apóstol inspirado ejemplifica cuál debe ser nuestro principal deseo tanto en la vida como en la muerte: ¡que Cristo sea magnificado!

Puede parecer extraño que Pablo hable de su deseo personal en esta carta a los Filipenses. Pero debemos entender que lo que escribió fue inspirado por el Espíritu Santo para nuestra instrucción.

Aunque el apóstol estaba en prisión por su fe, al momento de escribir esto, no se quejó ni se enojó por sus circunstancias. En cambio, se regocijó porque sabía que Cristo sería magnificado.

Así como Pablo lo deseaba, todos deberíamos desear que Cristo sea magnificado. Él da a entender este deseo cuando dice: “Cristo será magnificado” (Fil. 1:20). Estas palabras nos dicen lo que es ciertamente verdad; pero también expresan su propio “anhelo y esperanza” (v. 20). El apóstol quiso que así fuera.

“Magnificado” significa literalmente “hacer más grande o hacer que sea más grande”. Cuando miramos algo a través de un telescopio, se hace más grande. No es que crezca literalmente, sino que vemos una imagen más grande y clara de ello. Una cosa es ver el sol a simple vista y apreciar su poder. Pero si utilizamos el tipo de telescopio adecuado, podemos ver intensos estallidos de energía saliendo de la superficie, erupciones masivas de material solar, campos magnéticos y muchas otras características. Ampliar el sol a través de un telescopio nos permite ver lo asombroso y poderoso que es.

El gran deseo del apóstol era que Cristo fuera magnificado. Quería que nosotros y todos los santos viéramos a Cristo más claramente. Quería que viéramos cuán humilde y obediente era Él al tomar sobre sí una humilde naturaleza humana. Quería que viéramos cuán exaltado es Cristo mientras gobierna sobre toda la historia y sobre nuestras circunstancias personales. Quería que viéramos cuán glorioso es Cristo en sí mismo y cuán misericordioso es para con nosotros. Su deseo era que Cristo fuera magnificado.

¿Cómo se magnifica a Cristo? El apóstol dice: “Cristo será magnificado *en mi cuerpo*” (v. 20). Cristo sería magnificado en toda su vida a medida que esa vida se expresara en su cuerpo: “ya sea o por vida o por muerte” (v. 20). Mientras Pablo continuara viviendo y

respondiendo a las circunstancias de la vida, o si se encontrara cara a cara con la muerte, Cristo sería magnificado en su cuerpo. La forma en que respondió serviría como un lente que permitiría a otros ver a Cristo con mayor claridad.

No sabemos cómo responderá cada uno de nosotros a las muchas circunstancias de la vida; pero el principio sigue siendo válido: cuando respondemos a la vida y a la muerte de una manera piadosa, Cristo es magnificado en nuestros cuerpos. Él es magnificado cuando las personas ven la imagen de Cristo reflejada en nosotros.

Cristo es magnificado cuando los demás ven humildad y paciencia al someternos a la voluntad de Dios. Él es magnificado cuando sabemos ser humildes y también en la abundancia. Él es magnificado cuando otros ven en nosotros la fuerza para hacer todo lo que Dios nos ha llamado a hacer. La razón por la que Cristo es magnificado en estas cosas es que nunca haríamos estas cosas con nuestras propias fuerzas. El apóstol confiesa, y nosotros confesamos con él: “Todo lo puedo *en Cristo* que me fortalece” (Fil. 4:13). No se trata simplemente de que Cristo lo haga y nosotros permanezcamos pasivos. Sino que Cristo nos fortalece para que lo hagamos.

¿Es nuestro gran deseo en la vida y en la muerte que Cristo sea magnificado en nuestros cuerpos?

En verdad, Cristo será magnificado en nosotros. Todo hijo de Dios puede tener la misma confianza que tenía el apóstol Pablo. El expresa su confianza en las palabras inspiradas: “Cristo *será* magnificado en mi cuerpo”. No importaba si era liberado y continuaba viviendo para predicar el evangelio, o si moría ejecutado a manos del César, él seguía confiando en que Cristo sería magnificado.

Al mencionar los dos extremos de la vida y la muerte, el apóstol pretende incluir todas las circunstancias de la vida. No importa lo que enfrentemos, en la medida en que manifestemos amor, Cristo será magnificado. En la medida en que hagamos buenas obras para la gloria de Dios, Cristo será magnificado. En la medida en que reflejemos la imagen de Cristo, Él será magnificado en nuestros cuerpos. En nuestras metas, las actitudes que mostramos, las palabras que hablamos, las cosas que hacemos, en el hogar, en el trabajo, en la iglesia e incluso en nuestro lecho de muerte, Cristo será magnificado en nosotros.

Podemos estar seguros de esto porque Dios siempre hace que Cristo sea magnificado en nosotros, su pueblo. Dios obra para conformarnos a la imagen de Cristo. El apóstol expresa esa verdad en Filipenses 1:6: “Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”.

Es cierto que sólo tenemos un pequeño comienzo. Hay tantas cosas que decimos, hacemos y pensamos que no magnifican a Cristo. Pero cuando Dios comienza una buena obra en nosotros, Él continuará obrando en nosotros. Él obrará en nosotros para que de hecho seamos conformados a la imagen de Cristo. Él hará que nuestro amor por los santos “abunde aún más y más” (Fil. 1:9), de modo que no miremos nuestras propias cosas, sino “las cosas por los de los otros” (Fil. 2:4). Él nos hará hablar la palabra sin temor de nuestros adversarios (cf. Fil. 1:10, 28). Él nos dará valentía para ser testigos fieles. Él obrará en nosotros para que nos comportemos de una manera “como es digno del evangelio de Cristo” (Fil. 1:27). Él nos cambiará para que realmente empecemos a reflejar la imagen de Cristo.

Nuestra confianza en que Cristo será magnificado no surge de nuestras propias fuerzas; nuestra confianza está en Cristo. Las palabras “como siempre” indican que Dios se ha mostrado fiel en el pasado; “Así también ahora” indica que Dios continuará siendo fiel a sus promesas en el presente. Pablo tiene una ferviente expectativa y esperanza de que Jesucristo le suministre la gracia del Espíritu Santo a lo largo del camino. Por eso él dice: “Porque sé que, por *vuestra* oración y la *suministración del Espíritu* de Jesucristo, esto resultará en mi salvación” (v. 19). El Espíritu Santo se encargará de que Cristo sea magnificado en nosotros.

Cuando nuestro gran deseo es que Cristo sea magnificado, eso se manifestará en nuestra confesión.

Tener el deseo de magnificar a Cristo es lo que nos hace decir: "el vivir es Cristo" (v. 21). Vivir tiene que ver con Cristo. Pero esta confesión no es una verdad abstracta acerca de Cristo; nuestra confesión se refiere a nuestra relación personal con Cristo. Por eso decimos con el apóstol: "porque *para mí* el vivir es Cristo". Confesamos que Jesucristo es nuestro Salvador personal.

El mundo dice: "Para mí, vivir es todo acerca de mí mismo. Para mí, vivir es dinero, placer y fama. Quitá esas cosas de mi vida y ya no vale la pena vivir la vida". Pero por la gracia de Dios, decimos: "Para mí, vivir se trata de *Cristo*. Yo soy escogido en *Él* desde la eternidad. *Él* me redimió con su preciosa sangre. *Él* me dio vida espiritual por su gracia irresistible. *Él* preserva esa vida en mí. y ahora quiero que *Él* sea magnificado en toda mi vida". Quitá a Cristo, y seremos los más miserables de todos los hombres. Pero si tenemos a Cristo, lo tenemos todo.

Cuando por la gracia de Dios, somos capaces de confesar: "Porque para mí el vivir es Cristo", también seremos capaces de confesar "y el morir es ganancia".

El mundo, en su engaño, podría decir: "Mi vida no tiene esperanza; estaría mejor muerto". O podrían tener la opinión opuesta y decir: "Mi vida tiene que ver con el presente; no puedo soportar la idea de morir".

Pero si Dios ha comenzado una buena obra en nosotros, entonces la muerte de ninguna manera nos hará retroceder. Más bien, la muerte llevará esa obra gloriosa a su meta. La muerte acaba con el viejo hombre de pecado. La muerte se lleva todo el dolor y la tristeza que experimentamos en este valle de lágrimas. La muerte nos lleva a la presencia misma de Jesucristo para disfrutar de una comunión perfecta con *Él*. Sí, vivir es Cristo; ¡Pero morir es una gran ganancia!

Cuando nuestro gran deseo es que Cristo sea magnificado, podemos estar seguros de que algún día veremos su gloriosa grandeza. *Él* vendrá por nosotros y nos llevará a estar con *él* mismo.

Hasta que llegue ese día, que Cristo sea magnificado en nuestros cuerpos.